

ORDOÑEZ,

6

LA BATALLA DE LODOS.

Crónica

DEL SIGLO OCTAVO.

POR

D. P. H. E.



PARTE SEGUNDA.

SEVILLA.

Imprenta del diario de Comercio, plaza del Rey.

JULIO DE 1832.

ORDOÑEZ.

CAPITULO I.

Mauregato al principio de preparar su alzamiento contra D. Alonso habia ofrecido , como hemos dicho , al árabe Abderramen pagar anualmente á él i á sus sucesores un tributo de cien doncellas cristianas , i como aquel bárbaro le ayudó á conseguir sus fines criminales , cumplió exactamente lo prometido en los pocos años que ocupó el trono. Igual ejemplo siguió su sucesor D. Bermudo el Diácono , el cual , aunque justamente irritado del vergonzoso é infame pacto hecho por su antecesor , no se creyó con fuerzas suficientes para resistir á los árabes , i pagó á su pesar el

malhadado feudo. Pagóle también D. Alonso el primero i segundo año de su reinado; mas considerando despues que era indigno de un cristiano i de un monarca el esponer cien vírgenes á la brutalidad de los sarracenos, negó á Osmen, Rei de Córdoba, hijo i sucesor de Abderramen, el acostumbrado tributo, resuelto á esponerlo todo, ántes que consentir en la continuación de semejante barbarie. Contestó, pues, en este sentido á la embajada que le envió el musulman pidiéndole la entrega de las cien jóvenes que correspondia al tercer año de su reinado, i esperó tranquilo el resultado de su negativa, confiando en Dios, i en la bondad de su causa, en caso de tener que apelar á las armas para sostener el paso que habia dado.

Hallábase una mañana en su palacio concediendo, segun costumbre, audiencia á sus vasallos, cuando se le presentó un mensajero con la noticia de que Osmen, furioso de ver

que se atrevia el Rei de Oviedo á negarle un feudo de que suponía estar en posesion legítima, había puesto en movimiento un numeroso ejército, el cual á las órdenes de un capitán llamado Mugahit, acababa de entrar por las tierras de Asturias, talándolo todo i convirtiendo los campos i las ciudades en teatros de desolacion, de mortandad i de luto. Afligióse el ánimo del buen Rei al oirlo, i aunque estaba resuelto á oponerse hasta el último trance á la furia de los bárbaros, no quiso resolver un punto de tanta importancia sin consultarlo con su consejo. Mandó que este se reuniese inmediatamente, i suspendiendo por aquel dia la audiencia, se retiró á su gabinete, á meditar acerca de aquel funesto acontecimiento.

Luego que le avisaron hallarse reunidos los consejeros pasó á la sala donde estaban, i despues de haberles informado brevemente de la infausta noticia que acababa de recibir, prosiguió en estos terminos:

— Con harto dolor veo, señores, que tenemos que prepararnos á combatir bajo la proteccion del Dios de los egércitos, contra los enemigos de su santo nombre. Mi corazon se resiente al considerar la nueva sangre que se va á verter, pero ¿podia yo consentir en que permaneciese por mas tiempo una costumbre tan afrentosa para el nombre cristiano? ¿Ó deberé ahora ceder, con mengua del mismo nombre i del esplendor de mi coroná? Hablad, señores, que aunque mi opinion sea que debemos resistir al ímpetu de los sarracenos, i morir ó sostener la libertad i el decoro de nuestras doncellas, no dudaré seguir vuestros consejos, si difiriendo de mi opinion me manifestaseis que estoy engañado en mi modo de ver.

— Calló el Rei, i el obispo de Oviedo, anciano venerable á quien D. Alonso respetaba mucho por su santidad i ciencia, dijo así :

— Ignoro, Señor, qual será la opinion de los sabios consejeros que se

hallan presentes acerca del negocio que V. A. se sirve proponer á nuestra deliberacion; mas por lo que hace á mí, no puedo ménos de estar muy conforme con la que V. A. nos ha manifestado. ¿Ha de haber duda, Señor, en la resolucion que debe tomarse? ¿No fuera mengua de un sucesor del gran Pelayo, i de un pueblo cuyos mayores saliendo de una cueva supieron fundar este reino, ceder ahora al sarraceno, cubriendo el nombre cristiano de un eterno oprobio? El Rei es el representante de Dios en la tierra, i la Divinidad le ha colocado en el solio para que defienda á los oprimidos, i sea el padre de sus súbditos; ¿i lo seria V. A. si permitiese que las hijas de estos fuesen entregadas al yugo bárbaro de los musulmanes, con ofensa de la moral, de la religion i de la honestidad? No Señor, no; vuestro corazon os dicta la resolucion digna de un gran Rei i de un tierno padre, i vuestra mano debe llevarla á cabo, ayudada por

vuestros vasallos, que gustosos se prestarán á los mayores sacrificios, por libertar de suerte tan triste á sus queridas hijas. ¿ Os detendria acaso la consideracion del corto número de vuestros soldados, comparado con el de los enemigos? ¡ Ah Señor! Llevais en defensa vuestra al que dijo por boca del profeta Isaias : *Yo soi el Señor tu Dios, que te tomo por la mano i te digo: No temas, yo te he auxiliado.* (1) ¿I qué hai que temer con semejante auxilio? Lloran ya Leon i Asturias la pérdida de ochocientas doncellas que en los años anteriores se han entregado al soberbio Abderramen, i ochocientas familias gemirán por mucho tiempo al pensar en la deplorable suerte que cupo á las hijas á quien dieron el ser. Cese, Señor, cese tan abominable tributo, i sepan los infieles que los que pelean por la causa de Dios i se hallan protegidos por el cielo, no temen al número, pues un brazo mucho mas po-

(1) Isaias. Cap. 41. Vers. 13.

deroso que todos los alfanges ha de pelear en favor suyo.

— Alabo mucho el celo que nuestro reverendo Prelado acaba de manifestar por la justicia, i por el nombre cristiano (dijo entónces un grave consejero), i no puedo dejar de adherir á su opinion en cuanto á que debe hacerse cualquiera esfuerzo, para librarnos del terrible i vergonzoso feudo que nos impuso la cobardia, ó mejor diré, la rebelion infame de Mauregato; mas quisiera al mismo tiempo que nuestra exaltacion no nos llevase á emprender cosas de que despues podamos arrepentirnos. Permítaseme en favor de mis canas, que ántes consulte á la prudencia que al valor, i que no pudiendo yo esponerme personalmente á causa de mis muchos años, procure evitar que otros espongan sus vidas, que tan necesarias son al Estado. Inmensas son, Señor, las fuerzas que los moros pueden poner en campaña; V. A. i todos estos ilustres consejeros lo saben mucho

mejor que yo; ¿i cuáles son las que puede oponerles un reino de tan corta estension, i que se halla aun, por decirlo así, en la cuna? Tan cortas que pueden considerarse como nulas en comparacion de las del enemigo. Tengo la mayor confianza en ese brazo poderoso que ha de pelear por nosotros, como nos anuncia nuestro virtuoso obispo, i seria aun mas indigno que soi de ocupar este asiento, si pudiera dudar de que con su auxilio se acaban las empresas que parecen mas imposibles; pero ¿será por eso prudencia el emprender una lucha tan desigual? ¿No será querer abusar de la Providencia el esponer las vidas de tantos cristianos, cuya muerte llorarán sus familias i todo el reino, ántes de haber empleado cuantos medios sean posibles para librárnos de ese funesto feudo, evitando al mismo tiempo la efusion de tan preciosa sangre? Paréceme, Señor, que ántes de decidirnos á pelear deberíamos intentar la consecucion de nuestros deseos,

por medios mas pacíficos, substituyendo, por egemplo, á ese tributo de sangre un pago pecuniario, que sin ofender á la religion, al esplendor del trono, ni á la tranquilidad de las familias, satisficiese la ambicion del moro, i nos librase de los males que una guerra desastrosa debè ocasionarnos. Se me dirá, sin duda, que el pagar el tributo que propongo no deja de ser casi tan vergonzoso para nosotros como lo es el que hoí se trata de abolir, pues siempre quedaremos bajo la dependencia de un infiel; pero la prudencia política nos aconseja que puesto que somos débiles cedamos alguna cosa, que podremos recobrar despues, i nos libertemos por ahora de un mal que, ademas de la ignominia que produce, trae consigo todos los años la desolacion de cien familias. Es, pues, mi opinion que se deben enviar embajadores al capitan Mugahit, ofreciéndole conmutar ese tributo en otro, para ver de evitar por este medio los

desastres que nos puede traer una campaña, cuyo éxito puede ser muy funesto si se atiende al número de los combatientes, por mas justa que sea la causa que defendemos.

El parecer de un consejero respetable por su ancianidad, i por las pruebas de valor que habia dado en su juventud, causó alguna impresion en el espíritu de varios individuos de los que componian el consejo. Conociólo así Enrique de Lara, que aunque no estaba ya en la flor de su edad conservaba mucho brio, i sobre todo la impetuosidad que habia formado siempre su carácter, circunstancia á que se añadia ahora el estar mas exaltado por el desgraciado acaecimiento del robo de su hija, de quien nada habia vuelto á saber. Levantóse, pues, prontamente i dirigiéndose al Soberano dijo:

— Si la prudencia es la primera virtud que debe adornar al político i al guerrero, el primer paso de esta misma prudencia es atender á la calidad

del enemigo á quien hai que combatir, ó de las personas con quienes hai que tratar. Yo aprobaria de mui buena gana el laudable aviso que acaba de dársenos, si no conociese, por desgracia, el carácter del enemigo que nos amenaza. Esa misma inmensidad de fuerzas de que puede disponer le hace orgulloso, i se desdeñará de admitir propuesta alguna, que se alegue de ceder ciegamente á su voluntad i capricho.....

Aun estaba hablando Lara, cuando entró un oficial del palacio en la sala del consejo, i anunció al Monarca que acababa de llegar segundo mensajero despachado por los gobernadores que mandaban hácia la parte de medio dia, el cual trayendo noticias mui importantes acerca de la irrupcion de los moros, casi habia alcanzado al que trajo las primeras, por haber caminado con mas celeridad que aquel. Hiciéronle entrar inmediatamente, i preguntado, informó al Rei i al consejo de que los moros se

hallaban solo á tres jornadas de la capital, i venian talándolo todo i pretendiendo destruir hasta los vestigios del poder cristiano. Luego que acabó de dar su noticia i de contestar á las preguntas que le hicieron, se retiró, i Enrique de Lara concluyó así su comenzado discurso :

— La fatal noticia que acabamos de oír confirma, Señor, lo que iba yo diciendo cuando llegó ese mensajero. La alternativa es triste, pero no dudosa; ó ceder á la arrogancia del árabe i ser sus humildes esclavos, ú oponerse á ella con las armas. No conozco medio alguno entre estos dos extremos, i creo que tanto los que han manifestado su opinion, como los que todavia no lo han hecho, estarán unánimes en favor del segundo, pues seria demasiado vergonzoso el primero, para que el consejo Real pudiese ni siquiera pensar en él.

Nadie se atrevió á oponerse á este dictámen, i como la última noticia

recibida en el consejo habia alarmado mucho á los que le componian, decidieron por fin que inmediatamente se debia salir á recibir á los moros con todas las fuerzas que pudieran reunirse en el momento, para no darles lugar á que se presentasen á la vista misma de Oviedo.

El Rei, que deseaba merecer el favor del cielo empezando su campaña por un acto de piedad, mui propio de su religioso carácter, dirigió la palabra al anciano obispo, i le habló así :

— Respetable i venerado pastor: pues la necesidad, i el cargo en que el Altísimo me ha constituido, me obligan á esponer las vidas de mis vasallos, que al mismo tiempo son ovejas vuestras, desearia obtener por vuestra mano la bendicion de Dios, ántes de partir al campo. Vamos á sostener la santa religion de J. C. que no dejará de amparar su causa i favorecer á los suyos; mas esto no evitará que muchos de los que hoi existen

césen de existir dentro de pocos días. Deseo por eso que acudamos todos ante las aras, i con el corazón contrito pidamos al Todopoderoso su auxilio en la empresa que vamos á intentar en gloria de su nombre, i el perdón de los que murieren en ella. Hacedme el favor de convocar al clero, á fin de que reunido mañana en el augusto templo á donde pasaré con toda mi corte, i presidido por vos, podamos implorar juntos la bendición del cielo.

— El clero de Oviedo, Señor (contestó el obispo), i yo que soi el individuo mas indigno de él, obedeceremos las órdenes de V. A., i no solamente acudiremos mañana al templo para el efecto que desea, sino que en cuanto dure la guerra no dejaremos de dirigir al Altísimo nuestras plegarias en favor de los que pelean por la Religion, por el Rei i por la Patria.

— Así lo creo, le contestó el Rei; i añadió: Está acabada la sesión del consejo. Vos, Enrique, disponed que inmediatamente se den las órdenes

oportunas , para que se reunan en Oviedo todas las tropas que haya á las inmediaciones, pues viniendo en masa el ejército de los bárbaros me parece que la campaña podrá acaso decidirse en una sola accion.

Disolvióse con esto el consejo. Los gefes militares, i principalmente Enrique de Lara se dirigieron á espedir las órdenes convenientes para la reunion i salida de las tropas, i el obispo á participar al clero, que al otro dia temprano debia hallarse reunido en la iglesia, para celebrar la religiosa funcion que el devoto Príncipe deseaba.



OPORTUNAS, CAPITULO III, OPORTUNAS
Ovielo todas las tropas que hayá
en La voladora fama, que esparció
bien pronto por la ciudad de Oviedo
la noticia de la proximidad de los
moros, i la salida del Rei i de las tro-
pas, infundió en sus habitantes el
mayor terror i espanto; mas como
muchas veces del exceso del mal sue-
le resultar el bien, i el estremado pe-
ligro infundir el valor de la desesperacion,
aquellos habitantes, considerándose en el mayor peligro, hubieron de elegir entre dos males el menor, i conocieron que este era el de defender sus vidas i hogares apelando todos á las armas. Asi es que el débil viejo, la amante esposa i la tímida doncella, armaban con sus propias manos al hermano, al esposo i al hijo, los animaban i les anunciaban la victoria en nombre del Dios de justicia; é inflamados ellos con el espíritu que veian en quien menos debieran esperarle aguardaban con impaciencia el momento de que las trompas les die-

sen la señal de marchar. Reinaba por todas partes el mayor tumulto, i parecia, no que un legército se fuese á poner en marcha, sino que todos los habitantes de Oviedo se hubiesen convertido en soldados, i la ciudad en campamento.

El día siguiente á las nueve de la mañana, salió de palacio el Monarca con toda su comitiva, á pié i descubierta la cabeza, i se dirigió á la catedral que aun hoy existe, magnífica fundacion del Rei D. Silo, aumentada, hermoseada i enriquecida por la munificencia del mismo D. Alonso, donde fué recibido por el obispo i el clero, que ya se hallaban en ella, i uniendo todos sus votos con los del pueblo, se verificó la ceremonia con la mayor devocion i religiosidad posible. Acabada que fué, se dispuso el Rei á salir de la iglesia, á cuya puerta recibió la bendiccion del prelado; cubrió entónces su cabeza con un luciente casco, i montando en un hermoso caballo que le tenían preparado, siguió á

la mayor parte de las tropas, que habian salido de Oviedo al rayar el dia, dirigiéndose hácia la parte amenazada, para reunirse con las que venian replegándose delante de los moros, i formar todas un solo cuerpo.

Caminaron todo aquel dia, i hácia la mitad del siguiente llegaron á las inmediaciones de un lugarcito llamado Lodos, situado en una llanura bastante estensa, en la cual, deteniéndose las aguas llovedizas, i las que bajaban por las vertientes de las montañas circunvecinas, formaban lagunas de mas ó menos estension, i hacian pantanosa una gran parte del terreno. Allí empezó D. Alonso á descubrir el egército de los moros, que en número de ochenta mil, i capitaneados por el orgulloso Mugahit, desplegaran altaneros por todas partes sus fuerzas, i amenazaban destruccion i muerte. Poco tiempo estuvieron ociosos los dos egércitos uno enfrente de otro, pues viendo los agarenos que un puñado de cristianos se atrevia á re-

sistir i hacerles frente, los despreciaron, i cargaron sobre ellos sin órden alguno. Dispuso D. Alonso sus escuadrones, i encargando la direccion del ala derecha á Enrique de Lara, i la de la izquierda al señor de Mendoza, reservó para sí el centro, como punto mas peligroso, visto que los bárbaros iban á embestir probablemente al grueso del pequeño ejército. Así sucedió con efecto. Un peloton de moros á caballo se encaminó hácia la parte que el Rei mandaba, i dando sus acostumbrados gritos, é invocando el nombre de Aláh, intentó romper las filas de los cristianos. Estos, implorando el favor de Dios, recibieron con valor el ataque, i blandiendo sus poderosas lanzas se trabó un sangriento combate, cuyo resultado fué poner en fuga á los moros, que llenaron de asombro á sus compañeros con la precipitacion de su retirada. Atribuyéronla á cobardia, i montando á caballo un gran número de Sarracenos, se apresuraron á renovar el ataque.



Mui dudoso hubiera sido el éxito de este segundo encuentro, pues las fuerzas con que los musulmanes acometieron eran tan terribles, que los cristianos empezaban ya á ceder; mas presentóse en medio de ellos un caballero desconocido, montado en un fogoso bridon negro, i sin divisa alguna en el escudo, que haciendo los mayores prodigios de valor, animó á los demas con su egemplo, sostuvo el choque de los enemigos dejando á innumerables tendidos en el campo, i dió lugar á que el señor de Mendoza que mandaba el extremo izquierdo acudiese al socorro del centro, i atacando de costado á los sarracenos, contribuyese á la destruccion casi total de los que por segunda vez atacaron. Pocos fueron los que consiguieron volver al sitio de donde habian salido, i su vuelta solo sirvió para esparcir en el campo agareno la voz de la derrota; mas esta voz encendió la ira de Mugahit, que colérico de ver que tan corto número de valientes

destrozaba la flor de su ejército montó en su caballo, i cubierto de brillantes armas se dirigió personalmente á la refriega llevando tras sí todas las fuerzas de que disponia. Hízose entonces general la batalla. Los cristianos pelearon con el mayor arrojo, i á pesar del excesivo número de los bárbaros, sostuvieron sus ataques por mucho tiempo.

Entretanto el Rei llevado de su ardor, se habia dirigido á lo mas fuerte de la pelea, para sostener i animar con su ejemplo á sus vasallos; i como los infieles eran tantos que puede asegurarse sin exageracion que pasaban de diez por cada cristiano, consiguieron separarle de los que le acompañaban, i rodearle por todas partes. No se intimidó por eso el valor de D. Alonso, ántes bien dirigiendo á Dios su corazon, resolvió defenderse hasta el último trance; mas ¿cómo hubiera podido conservar su vida contra tan gran número de enemigos? Estos que sabian que peleaban contra

el Rei de Oviedo , pusieron todo su conato en alejar de él á cuantos pudiesen ayudarle , i se hallaba ya en el mayor apuro , herido su caballo , rota su lanza , i fatigado de defenderse con la espada sola i el escudo. En situacion tan arriesgada, el caballero desconocido que en el segundo ataque habia contribuido tanto á la victoria , se abrió paso á fuerza de valor por entre la multitud de los moros , i llegando á donde estaba el Rei se le puso al lado , procurando parar todos los golpes que le dirigian. Este socorro tan útil como inesperado infundió al Rei un nuevo aliento , i peleando juntos sostuvieron con la mayor energia i denuedo el asalto de los infieles. Mas el intrépido caballero que tan generosamente esponia su vida por salvar la del Soberano , fué víctima de su lealtad. Los repetidos golpes de los alfanges africanos le mataron bien pronto el arrogante caballo que pocas horas ántes se envane- cia de llevar á su dueño , i á pié i

combatiendo contra una multitud, le fué imposible evitar todos los golpes, de suerte que recibió no pocos. No obstante, aunque casi desfallecido por la sangre que vertía á torrentes de sus muchas heridas, se mantuvo peleando con vigor hasta que los cristianos, conociendo por el ardor con que los contrarios se dirigian á aquel punto, que en él debía hallarse D. Alonso, forzaron aquel enjambre de moros, i acudiendo al lado del Monarca destrozaron á los que le acometian, haciendo huir en el mayor desorden á los pocos que quedaron vivos.

Mugahit, que acababa de saber por uno de sus soldados que el Rei de Oviedo se hallaba cercado por los musulmanes, acudia al galope para animar á los suyos i apoderarse, si era posible, de la persona de D. Alonso, sin quitarle la vida, i no estaba ya léjos del gran grupo que le rodeaba, cuando se le puso delante Enrique de Lara, que como hemos dicho conservaba aun todo el arrojo de

la juventud, i no carecia de fuerzas físicas para oponerse á tan terrible adversario. Dirigió este su lanza al pecho del cristiano, el cual paró tan bien el golpe con el escudo, que se hizo pedazos el arma del sarraceno; pero tan enorme i violento fué el choque que sufrió todo el cuerpo de Enrique, i tal el susto que produjo en el caballo que montaba, que la lanza se le cayó de la mano, i tuvo que apelar á la espada. Otro tanto hizo el furioso musulman, i acercándose á Enrique le tiró un tajo tan terrible que habria podido dividirle en dos, si no hubiera llegado á tiempo de pararle con el acerado escudo; mas el agudo filo de la hoja damasquina se embotó contra el fuerte obstáculo que el cristiano le opuso. Menudeáronse entonces los golpes de una i otra parte, i aunque Lara pudo parar casi todos los del sarraceno, no evitó recibir una pequeña herida en la cabeza, que escitando mas i mas su cólera, le hizo pelear con nuevo denuedo, has-

ta que aprovechándose de un descuido de Mugahit, le dirigió al pecho una estocada, con que le atravesó, dejándole caer del caballo revolcado en sangre, i haciendo ademanes que indicaban toda su furia, impotente ya en aquel momento. Poco tardó en cerrar los ojos para no ver mas la luz. Los moros que mas de cerca le seguian, viendo ya muerto á su capitán, i atemorizados por la enorme pérdida que habian sufrido; retrocedieron, introduciendo el desórden i la dispersion en su campo. Los lililies agarenos se convirtieron entónces en gritos de dolor, i emprendiendo una fuga precipitada, se metieron en los lodazales impracticables que rodeaban la llanura, i en ellos pereció una gran parte de los que quedaban, pudiéndose salvar únicamente algunos diez mil, que serian la octava parte de los que entraron en la pelea. (2)

(2) Todos nuestros historiadores convienen en el hecho de haber ganado el Rei D. Alonso II esta batalla en el año tercero de su reinado,

Acabada esta, encomendó D. Alonso al señor de Mendoza el cuidado de perseguir á los fugitivos, i él volvió á donde habia quedado tendido en el suelo i casi exánime el caballero desconocido. Cuando llegó á donde estaba, ya le habian quitado la armadura para poderle curar las heridas, mas la mucha sangre que habia derramado de ellas le tenia desmayado i sin sentido. Admirado el monarca de no conocerle, ni haberle visto

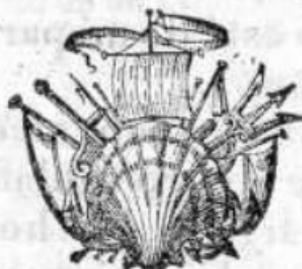
aunque difieren en algunas particularidades. Unos llaman al capitán que mandaba á los moros *Mohet* ó *Mugayo*, otros *Nugariz*, otros en fin *Mugahit*; pero parece que hai mayor probabilidad de que este último sea el nombre verdadero, por cuanto así se halla escrito en un privilegio muy antiguo del monasterio de S. Vicente de Monforte. El P. Juan de Mariana en su Historia general de España, D. Diego de Saavedra Fajardo en su Corona Gótica, i algunos otros autores, nombran *Ledos* á la aldea en cuya inmediación se dió la batalla, mas yo le he dado el nombre que le atribuye el maestro Ambrosio de Morales porque como observa muy juiciosamente este sabio cronista, puesto que los historiadores mas antiguos afirman que murió gran número de moros en el cieno, es de creer que el lugar se llamaba *Lodos*, por los muchos lodazales i lagunas cenagosas que habia en aquellos parages.

nunca en su corte, preguntó quién era, i varios que le conocian le digeron que Fadrique, hijo de Diego Ordoñez, consejero i ministro que habia sido de Mauregato.

— ¡El hijo de un hombre á quien he reducido á la oscuridad (esclamó el Rei), ha espuesto su vida por mí tan generosamente! Seria yo indigno de reinar, si no agradeciése como debo tan gran beneficio. Haced que le lleven á la aldea mas inmediata hasta que se halle en estado de poder transportarle á Oviedo, i que tengan con él todas las atenciones i cuidados que pudieran tenerse con mi misma persona. Débole la vida, i es justo que haga cuanto esté de mi parte para conservar la suya.

Condugéronle con efecto á Lodos en brazos de cuatro soldados, despues de haberle ligado las heridas en el mismo campo lo mejor que se pudo; i habiendo ordenado el Rei su pequeño egército mandó que los que se habian adelantado á perseguir á los fu-

gitivos, reforzados por algunos mas que envió con este objeto, continuasen su marcha hácia las fronteras bajo el mando del señor de Mendoza, i él con los que le quedaban se encaminó á Oviedo, donde su primera diligencia fué pasar á la misma catedral en que al salir habia implorado el auxilio divino, i dar á Dios las mas fervorosas gracias por tan señalada victoria, i por haberle conservado la vida cuando corria tan gran riesgo de perderla.



CAPITULO III.

Cuando los satélites de Nuño quedaron solos con la triste Leonor, metieron espuelas á los caballos i se dirigieron al sitio que les habia indicado su principal, á donde trataban de llegar ántes que se hiciese mui de dia; por cuya razon no se detuvieron en toda la noche sino un solo instante á alguna distancia de la ciudad, concediéndosele á Leonor para que pudiera ponerse los vestidos que de su cuarto habian sacado, pues hasta allí fué cubierta únicamente con el ferreruero del que la llevaba. Luego que se vistió la volvieron á subir en el mismo caballo, aunque sin taparla ya la boca, i prosiguieron su camino. Repetidas veces les reconvino la doncella por su audacia, i no pocas les pidió en tono humilde la informasen del parage á donde la conducian, i de la suerte que la esperaba; mas aquellos hombres, endurecidos en el crimen, tan poco caso hacian de las reconven-

ciones como de los ruegos, i nada respondian á sus quejas. Parecia al contrario que se complaciesen en atormentar á su víctima por medio de la incertidumbre, pues hasta entre sí mismos tenian conversaciones tan inconexas, que ya daban á Leonor motivo para temerlo todo, ya para esperar que no seria maltratada. De este modo caminaron todo el resto de la noche, i al despuntar el alba llegaron á la casa á donde se dirigian, situada al pié de unas montañas que solo habitaban hambrientos lobos i monstruosos jabalíes. Su aspecto exterior era en extremo triste, pues las paredes fabricadas de piedra i tierra nunca habian sido blanqueadas, i las toscas puertas i ventanas manifestaban claramente que jamas habia habitado en ella ni podia habitar persona alguna de mediana clase. Por otra parte, su situacion no contribuia poco á hacerla parecer desagradable, pues estaba construida junto á la boca de una quebrada, que en tiempos de llu-

vias servia de cauce á un torrente , i á cuyos lados se distinguian tan solo las enormes piedras de que estaban formadas las montañas inmediatas , i las corpulentas encinas i hayas que coronaban sus cimas.

Tal era la mansion que Nuño destinaba á Leonor , mui á propósito , á la verdad , para intimidarla i obligarla á que accediese á sus perversas miras. Habíala habitado siempre la familia rústica i grosera del guarda de las vastas posesiones de monte que Nuño tenia en aquel parage , i los moradores eran tan agrestes i de tan mal aspecto como la misma casa. Hicieron entrar en ella á Leonor los que la conducian , i mostrándola un cuarto bastante asqueroso , cuyas paredes fueron blancas cuando se construyó la casa , i cuyos muebles , pocos i sumamente viejos , eran de la misma fecha , le dijo el gefe de los raptos que aquel iba á ser su aposento , hasta que otra cosa dispudiese su señor. Con esto se retiró cerrando por

fuera la puerta, i dejó á Leonor encerrada en aquel cuarto, que solo tenía una ventana pequeña con su fuerte reja de hierro.

Entregada la jóven á sus meditaciones no sabia que pensar acerca de su raptó. No era ciertamente Fadrique el director de aquella maraña, pues aunque la noche anterior la propuso que saliese de casa de su padre, sabia bien que no era capaz de haberla sacado de ella violentamente, i que aun en caso de hacerlo no se habria cubierto el rostro, ni la hubiera mandado conducir á tan triste soledad. Esta última circunstancia le daba á entender claramente que se intentaba contra ella alguna violencia, i como de nadie podia temerla sino de parte de Nuño, cuyo cariño habia despreciado en otro tiempo, se persuadió íntimamente de que él i no otro era el que habia urdido tan negra traicion, i se propuso sufrir ántes la muerte que ceder á sus infames deseos, cualesquiera que estos fuesen.

Pasó la mayor parte de la mañana sumergida en sus lúgubres reflexiones, hasta que la sacó de ellas el ruido de algunos pasos de persona que se acercaba á su cuarto. Abrieron la puerta, i entrando el mismo que la habia traído en el caballo, la presentó con bastante aspereza algunos alimentos, de que sospechaba tendria gran necesidad. Leonor no estaba en situacion de aceptarlos, i así dejándolos sobre la mesa se dirigió al que los habia traído, i de nuevo le preguntó en tono cariñoso, quien le habia dado orden para que la sepultasen en aquel destierro.

— No tardareis en saberlo (respondió su feroz carcelero), pues él mismo vendrá ántes de mucho á manifestároslo. En vuestra mano está el ser feliz ó desgraciada: si accedeis á sus deseos, nada os faltará mientras vivais; pero si os negais á ellos mucho temo que esta sea vuestra última morada.

— Pues en tal caso, pueden ir

abriendo la huesa que ha de recibir mi triste cuerpo (replicó la afligida jóven), porque sea quien fuere el que os mandó cometer semejante villania, no pueden ser puras sus intenciones, que si lo fuesen no seria esa su conducta. Ha pensado sin duda, que la soledad, la aspereza de este desierto i la miseria á que tal vez me habrá condenado en él, me amedrentarán hasta el punto de hacerme ceder; mas se engaña, porque todo tiene un término en la muerte, i me conoce poco el que suponga que el temor de morir puede obligarme á ceder á deseos criminales.

— Nada tengo que ver con eso. Mi señor os hará entender la razon, i á ménos que esos ojuelos negros no le ablanden (lo que dudo mucho porque le conozco bien), me parece que habreis de hacer lo que él quiera. Porahora os aconsejo que comais algo, porque como dice el refran, los duelos con pan son ménos, i si habeis de resistir á los ataques de mi amo, no estará de

mas el que repareis vuestras fuerzas.

Diciendo esto salió del cuarto, cerró la puerta, i fué cantando á reunirse con sus viles compañeros.

Dos dias pasaron sin que Leonor viese á otra persona que al que la habia conducido allí, pues aunque al entrar en la casa habia percibido á la puerta una miserable vieja i un jóven robusto i feroz, no los habia vuelto á ver desde que la tenian encerrada. El tercer dia por la mañana, estaba mirando por entre los hierros de la reja el triste pais que se presentaba á su vista, cuando oyó que abrian la puerta de su habitacion. Volvió la cara por un movimiento natural, i se estremió al ver entrar á Nuño, que acercándose á ella con ademan respetuoso, dijo así:

— Bien conozco, amable Leonor, que debeis estar irritada contra mí, por haberos hecho traer á este sitio; mas no ignorais que hace mucho tiempo arde en mi pecho un amor infeliz, i que no puedo ser dichoso sino po-

seyendo vuestro cariño. Me le negasteis de una manera terrible cuando os quise hacer ver lo ardiente de mi afecto, i posteriormente he visto de un modo indudable que vuestro corazon es de Ordoñez. Mientras ambos habeis podido tener esperanzas de union con el beneplácito de vuestro padre, las he tenido yo de poder separaros ántes que tal sucediese; mas cuando supe que Fadrique estaba resuelto á poseeros á cualquier costa, cuando ví que para ello no dudaba sacaros de la casa paterna, las miré desvanecerse como el humo. ¿I habia yo de consentirlo? ¿Veria yo á mi bien en brazos de otro, sin morir de rabia i de desesperacion? No. Todos los males que pueden sucederme, i aun todos los tormentos del infierno, son nada para mí en comparacion del de ver á otro gozar de vuestra beldad. Destruí su proyecto, participando á Lara su intencion, i apresté mi gente para poder yo efectuar el rapto en lugar suyo aquella misma noche. El éxito

ha correspondido á mis deseos. Estais en mi poder, sin que nadie en Oviedo pueda imaginarlo ni trate de buscarlos en esta soledad, donde ciertamente no hallareis quien quiera favoreceros si os oponeis á mis miras. ¿Pero por qué os habeis de oponer á ellas, Leonor mia? (añadió en tono amoroso, i acercándose á su prisionera) ¿Os amacaso Fadrique mas que yo? Ah! No es posible que nadie sienta un amor comparable al mio, pues por él estoi resuelto á sacrificarlo todo, si fuese necesario, con tal que obtenga vuestra mano, i la misma violencia que os he hecho, el arrojado paso que me he decidido á dar, i de que ya no puedo retroceder, os deben hacer conocer la fuerza de mi pasion. Así, pues, ó me dais la mano de esposa, i juntos pasamos á un pais estrangero, desde donde podamos negociar la paz con vuestro padre i volver tranquilos á Oviedo, ó debeis resolveros á pasar en esta casa el resto de vuestra vida, siendo vos infeliz, i haciéndome á

mi el hombre mas desdichado.

Inmóvil i en silencio escuchó la doncella el largo discurso de su opresor; mas cuando vió que le habia terminado, respondió así con entereza i dignidad:

— Por infeliz que sea yo pasando en esta soledad el resto de mi vida, ese resto será afortunadamente bien corto, i por tanto poco tendré que padecer; pero contigo seria sin comparacion mas desgraciada, pues me hallaria envilecida á mis propios ojos i á los de mis parientes i amigos, habria perdido el aprecio de mi padre i de Fadrique, i me veria condenada á consumir mis tristes dias al lado de un tirano, á quien detestaria siempre. Si la alternativa que me presentas es la de darte la mano, ó esperar la muerte en este horroroso desierto, mi eleccion está ya hecha. Aqui viviré, llorando mi suerte, i esperaré afligida mi última hora, pero tranquila á lo ménos, si me concedes el favor de que no vuelva á verte en mi presencia.

— No me admira (contestó Nuño con fingida calma) que manifesteis hoy ese ímpetu, i que penseis que es definitiva esa resolución, tan propia de vuestro noble carácter; pero como he meditado ya mucho acerca de la marcha que naturalmente ha de seguir este negocio, conservo la esperanza, ó mejor diré la certeza, de que el tiempo os hará mudar de opinion. No, no es posible que despues de haber pasado algunos dias ó semanas en este sitio, podais preferirle al lado i compañía de un hombre, cuyas riquezas pueden proporcionaros toda especie de comodidades i placeres, i cuyo cariño le hará consagrarse esclusivamente á daros gusto. Meditadlo bien, hermosa Leonor; ved que os aguarda un corazon amoroso, que siente vuestras penas tanto como vos misma, pero que por su situacion i por la misma violencia de su afecto, no puede ménos de ir adelante en sus proyectos. Ceded á mis ruegos, i estad segura de que jamas tendreis que

arrepentiros de haberlo hecho.—

— No lo esperes , no (replicó ella con vehemencia). Para mí no pueda haber horror igual al de tenerte siempre á la vista. Retírate i déjame morir en esta soledad , pues así lo exige mi fatal destino.

— Si, Leonor; me retiro por ahora, i os dejo que mediteis sobre vuestra suerte. Entretanto voi á dar orden para que nada os falte de cuanto pueda aliviar vuestras penalidades en este destierro. Volveré á veros, i espero que cada dia os hallaré mas moderada, hasta que al fin, conociendo vuestro propio interes, consintais en hacerme dichoso.

— Nunca, nunca; exclamó la desventurada Leonor con voz fuerte aunque algo agitada, i dejándose caer en una silla. Retiróse Nuño con esto, i como habia prometido dió las órdenes mas terminantes para que todos tratasen á Leonor con el mayor respeto, i cuidasen de que no careciese de cosa alguna de cuantas se le pudie-

ran proporcionar en aquel sitio, sino de la libertad. Los días siguientes volvió á verla otras dos veces, i empleó alternativamente los humildes ruegos, los brillantes ofrecimientos i las atroces amenazas, aunque todo con tan poco fruto como en la primera conferencia.

En tal estado se hallaban las cosas, cuando llegó á Oviedo la noticia de la irrupcion de los árabes, i se preparó i dió la batalla. Estos acontecimientos impidieron á Nuño que continuase por entónces sus visitas; pero mantuvo siempre cautiva á su víctima, con intencion de no abandonar su empeño hasta conseguir lo que queria, ó castigar la que él llamaba obstinacion de la jóven, condenándola á vivir encerrada perpetuamente, i sin mas recreo que el oír los ahullidos de las fieras que poblaban los montes inmediatos.

El dia siguiente al de la batalla, sucedió que un corto destacamento de las tropas que habian ido al alcance

de los moros , se extravió en el camino al volver á Oviedo , i por sendas mui poco usadas vino á parar á la caída de la tarde á la casa donde se hallaba Leonor prisionera. Viendo el gefe de los extraviados que se hacia de noche i que al parecer se encontraban todavia á bastante distancia de poblado , resolvió quedarse allí , i así lo manifestó á los que habitaban la casa. No se atrevieron estos á negarle la entrada en ella ; i aunque bien hubieran deseado poder ocultar la habitacion de la ilustre reclusa , no lo pudieron conseguir , porque los soldados entraron por todas partes , i luego que colocaron sus caballos trataron de buscar tambien colocacion para sí mismos. Como el local era pequeño i crecido el número de los huéspedes , no se hallaban bien en las habitaciones que les ofrecieron , por lo que usando del fuero i potestad que dá la guerra al mas fuerte , determinaron apoderarse de los aposentos ménos malos que halláran , i co-

mo su accion fué tumultuosa i por consiguiente mui pronta, ninguna precaucion pudieron tomar los que guardaban á Leonor, para ocultarla á la vista de aquella gentes. Lo único que pudieron hacer é hicieron, fué acudir á quejarse al gefe, manifestándole que los soldados, no contentos con las habitaciones que les habian señalado, trataban de propasarse i estaban registrando todas las demas. El oficial, que tampoco se hallaba mui bien acomodado, i que oyó hablar de habitaciones que no querian ceder á la tropa, sospechó que la casa aunque de tan mala apariencia tuviese alguna mejor comodidad, i queriendo aprovecharse de ella en caso que la hubiese, contestó que contendria á sus soldados, pero que queria examinarlo todo por sí mismo. Opusiéronle algunas dificultades, mas él sin oirlas ni fijar en ellas su atencion, se dirigió á verificar su visita. Al llegar al cuarto donde se hallaba Leonor, acababan los soldados de forzar la

puerta de él, mas ninguno habia entrado todavia, i todos hicieron lugar respetuosamente á su gefe, que pasó adelante para ver lo que contenia aquella pieza que tan obstinadamente se habian negado á manifestar los de la casa.

Entretanto la hija de Lara, que habia percibido el estraordinario bullicio que se oia en un sitio donde todo hasta entónces habia sido quietud i silencio, no sabia á que atribuirlo, i atemorizada aguardaba el resultado de aquella confusion, dudando si debia esperar ó temer. El hermoso color de sus mejillas se habia convertido en una estrema palidez, efecto de su desasosiego, tristeza i falta de alimento, pues apenas le habia tomado aquellos dias; i el continuo llanto que derramaba habia impreso en su semblante tales marcas de dolor i afliccion, que al verla en aquel estado, cubierta solo con un ligero vestido blanco, el largo cabello negro suelto por las espaldas, i apoyando en

la tosca mesa una de sus manos alabastrinas , para poder sostenerse i no caer al suelo por efecto del susto que le causó el estruendo que hicieron los soldados para abrir la puerta, se hubiera podido imaginar que era una ninfa de piedra colocada en un monumento fúnebre, si el brillo de sus hermosos ojos no manifestase que habia una alma, i una alma de fuego, encerrada en aquella bellísima persona. En tal situacion, i en la mas perfecta inmovilidad se ofreció á la vista del oficial cuando este quiso entrar en el aposento , i fué tal la sorpresa que sintió al encontrar aquella celestial belleza, donde solo suponía que pudieran habitar fieras ó personas que se diferenciassen de ellas mui poco, que imitando la quietud de Leonor, parecia que se hubiese convertido tambien en estatua.

—Perdonad , señora (dijo al fin turbado), si de una manera tan poco urbana me he introducido en vuestro aposento. Nos hemos extraviado en el

camino cuando volviamos á Oviedo, despues de haber perseguido á los moros fugitivos, i llegando á esta casa hemos tratado de pasar en ella la noche, por ser ya demasiado tarde para continuar nuestra ruta. Creí que los hombres rústicos que se nos han presentado eran sus únicos habitantes, i que nos ocultaban la mejor parte, porque la reservaban para sí, i quise verlo por mí mismo. Esta circunstancia ha ocasionado mi atrevimiento, pero ó yo me engaño mucho, ó ha sido mui feliz mi audacia, porque vuestro semblante abatido, vuestro ademan triste, i la poca conformidad que encuentro en lo que vos manifestais ser con el sitio en que os veo, todo me inclina á creer que estais aquí contra vuestra voluntad. Hablad, señora, i si lo que imagino es cierto, desechando todo temor, contad con mi apoyo i con el de los valientes que me acompañan, pues vuestras órdenes serán egecutadas al momento.

— ¡Será posible (contestó la tímida doncella saliendo de la especie de estupor en que se hallaba), que el cielo me envíe un libertador de modo tan inesperado? ¡Ah señor! Demasiado cierto es que me hallo contra mi voluntad en esta casa; i si, como parece (añadió en tono humilde), sois un verdadero caballero, si teneis un corazón generoso, os ruego no desatendais las súplicas de una muger afligida i abandonada de todo el mundo.

Estas palabras pronunciadas con una espresion que penetraba hasta el alma, i las tiernas miradas de la interesante cautiva, conmovieron sobremanera al oficial que mandó se retirasen todos, i quedándose solo con Leonor, le refirió esta en breves palabras, aunque no con el mayor orden, porque no se lo permitia el estado de turbacion en que se hallaba su espíritu, quien era, i como habia venido á aquella casa. El caballero admirado i gozoso de favorecer á aque-

lla jóven, haciendo en ello á Enrique de Lara un servicio que no dejaria de serle útil á su tiempo, la prometió que el dia siguiente la acompañaria hasta Oviedo, i la entregaria en casa de su padre; saludóla respetuosamente i se retiró á descansar, dejando á Leonor llena de alegría con la esperanza de su próxima libertad. Mas para asegurar mejor esta i hacer que los criminales sufriesen el castigo merecido, dispuso el oficial quedasen encerrados i bajo buena custodia los habitantes de aquella casa miserable, no fuese que se fugáran durante la noche, i acaso se llevasen consigo á Leonor, ocultándola en lo mas fragoso del monte, donde fuese imposible volverla á encontrar.



CAPITULO III.

Fiel el oficial á la palabra que habia dado á Leonor, fué á saludarla á su aposento luego que le pareció que sin indiscrecion podia hacerlo; reiteró las ofertas que habia hecho el dia anterior, i mandando á un criado suyo que preparase el desayuno, por no fiarse de ninguno de la casa, acompañó en él á la hermosa jóven, cuya alegría brillando en su semblante la hacia parecer mas animada i encantadora. Terminado el desayuno, propuso á Leonor montase en el caballo de uno de sus soldados, que con otros varios debian quedar en aquel sitio para guardar como criminales á los que la habian tenido encerrada, i ella que casi tenia por un sueño todo cuanto le sucedia, lo ejecutó dándole las mas fervorosas i expresivas gracias. El caballero se colocó á su izquierda i escoltándole la mitad del destacamento, se encaminaron á Oviedo i á casa de Enrique de Lara.

Mui distante estaba este de pensar que le tragesen á su hija , i así es imposible decir cual fué su sorpresa al verla entrar. Abrazáronse padre é hija , i abundantes lágrimas de alegría corrieron por las megillas de ambos, sin poder hablar una palabra. Al fin Leonor refirió á su padre todo cuanto le habia pasado desde la noche que la sacaron de su casa , i el modo extraordinario con que aquel caballero la habia librado del poder de sus enemigos. Enfurecióse altamente Lara al saber que Nuño era el autor de tal violencia , i conociendo cuanto importaba la celeridad en aquel caso , despachó una órden en el mismo instante para que fuese puesto en la cárcel. Hecho esto , manifestó , el mas cordial agradecimiento al libertador de su hija , prometiéndole su amistad i proteccion , i luego pasó al palacio á comunicar al Rei la agradable noticia de la vuelta de Leonor i participarle la órden que habia dado para la prision de Nuño , á quien los tri-

bunales debian juzgar i sentenciar como raptor. Prometióle el Príncipe bajo su Real palabra que el delincuente seria castigado cual merecia su atentado infame, i le dió el parabien por haber recuperado á su hija, manifestándole todo el gozo que sentia i que era tan propio de su carácter bondadoso i del afecto que profesaba á todos sus servidores.

Esta misma bondad de carácter hizo tambien que no olvidase D. Alonso el beneficio que de Fadrique habia recibido. Así, tan pronto como llegó á Oviedo envió á saber el estado en que el herido se hallaba, i poco despues pasó á casa de Diego Ordoñez, á visitar personalmente á su hijo, que habiendo permanecido ocho dias en Lodos, habia sido trasladado á Oviedo cuidadosamente, á fin de que estuviese mejor asistido que podia estarlo en aquella infeliz aldea, á pesar de los desvelos de su padre, que al punto que recibió la noticia pasó allá, para estar á la vista de su querido hijo. Be-

só la mano al Monarca el anciano caballero , con todo el respeto que se debe á un Rei , i toda la cordialidad que merece un héroe , i le manifestó cuan dichoso se consideraba en recibir tan gran merced como la de que el Soberano honrase en persona su humilde casa.

—No tanto vengo como Soberano (le dijo con agrado D. Alonso), cuanto en calidad de amigo i deudor. Si respiro i conservo mi corona, lo debo despues de Dios á vuestro hijo , i ese beneficio es demasiado grande para que yo pueda olvidarle nunca. Estad seguro de que mi agradecimiento no quedará reducido á un acto que me inspira mi deber i el afecto que he cobrado á ese jóven , pues deseo premiar su valor i fidelidad como merecen.

—Mucha honra, Señor, hace V. A. á mi hijo (replicó Diego), i demasiada importancia dá al sacrificio que ha hecho. Inutilmente corriera noble sangre por sus venas , si no hubiese

estado pronto á derramarla toda en obsequio de su Rei; él hizo lo que cualquier caballero hiciera en su lugar....

— Basta, Diego (dijo el Rei interrumpiéndole); propio es de vos el hablar de ese modo, i propio será de mí el saber como he de corresponder á la noble accion de Fadrique. Deseo verle, pues segun tengo entendido los cirujanos responden ya de su vida, i él se encuentra algo despejado, i tan bien como en su situacion puede desearse.

Entónces entró D. Alonso, acompañado solo de Diego, hasta el lecho donde yacia el malherido jóven, que luego que le vió trató de incorporarse para besarle la mano; mas conteniéndole el Rei, le dijo con benignidad:

— No os altereis, Fadrique, pues no os visita vuestro Rei, sino vuestro amigo. Cualquiera movimiento que hicieseis podria perjudicar en estremo á vuestra salud, i esta es mui importante para que yo permita cosa alguna que pueda menoscabarla. Lo

que deseo es que os repongais en breve, á fin de haceros ver cuan capaz soi de agradecimiento, premiando como debo el servicio que me hicisteis, i haciéndoos feliz, ó á lo ménos contribuyendo á ello en cuanto esté de mi parte.

— La bondad que V. A. me manifiesta (contestó el herido con voz débil) es mas que suficiente premio de lo poco que pude hacer; mas en cuanto á la felicidad que me promete, huyó para siempre de mí, i ni V. A. ni nadie podrá ya proporcionármela.

— ¿I por qué habeis de pensar tan tristemente? (preguntó el Monarca en tono afectuoso). ¿Tan poco vale mi corte, i los honores que en ella puedo yo concederos, que junto á mí os hayais de creer desdichado?

— No interprete V. A. mal sus palabras (dijo al Príncipe Diego Ordóñez), ni imagine que puede ser desagradecido quien con sus acciones muestra que sabe lo que debe á su Rei, á su linage i á sí mismo. Sin

duda el honor que V. A. quiere hacerle, no le es ni puede serle indiferente; conoce todo su valor, i por esa parte se creeria mas dichoso de lo que pudiera desear; pero, Señor, aunque su cabeza i su brazo han sido siempre de su Rei i Patria, su razon no era ya suyo; habíale entregado á una jóven en cuya posesion cifraba su felicidad, i la ha perdido para siempre.

— I si estuviese equivocado en esa idea ¿no pudiera ser todavia mui feliz? preguntó el Rei á Diego, sonriéndose.

— ¡Ai Señor! Por desgracia no estoi equivocado; exclamó tristemente Fadrique.

— No creais que ignoro (dijo D. Alonso) que esa jóven es Leonor de Lara, que hace poco tiempo desapareció una noche de la casa paterna. Pero ¿qué motivo os mueve á creer que ya no se encontrará nunca, i que no podreis uniros con ella?

— ¿Qué motivo, Señor? ¿No es bastante fuerte el de haber sido iná-

tiles todas las pesquisas é indagaciones que ha hecho su padre desde aquel infausto dia? ¿No han sido igualmente infructuosos todos los pasos que yo he dado para averiguar su paradero? Pensaba, es verdad, haber descubierto algo, i probablemente lo habria conseguido, si la venida de los musulmanes, conduciéndome al estado en que me encuentro, no me hubiese hecho interrumpir mis observaciones; pero ahora estoy seguro de que en los dias que han transcurrido habrá tomado el raptor tales medidas, que la infeliz Leonor no volverá á ver mas la casa de los Laras. Ah! ¡Ya no hai felicidad para mí en la tierra.

—Pues yo os aseguro (esclamó impaciente el Príncipe) que la habrá i muy completa, por que no solamente puede encontrarse á Leonor, sino que se ha encontrado ya. No queria daros esta nueva hasta que os hallaseis algo mas repuesto; pero me ha contristado tanto el veros en ese estado de abatimiento i desesperacion, que me la

habeis arrancado , por decirlo así , á la fuerza. Leonor se halla ya en casa de su padre , á donde la ha conducido un oficial de mis tropas , que por efecto de una estraña casualidad la ha sacado del poder de un tal Nuño , que era su verdadero raptor , i que en este momento está encerrado en una prision. Recobrad , pues , la alegría , que no pienso valga tan poco mi mediacion , que Lara no ceda á mis deseos , concediéndoos la mano de su hija , i reconciliándose con vuestro padre , que desde este mismo dia tendrá entrada en mi consejo.

— ¡Qué me decis , Señor! (gritó fuera de sí Fadrique incorporándose en el lecho). ¡Leonor está en su casa , Leonor me ama todavia , i vos me prometéis su mano !

No pudo decir mas palabras , pues la conmocion estraordinaria que le causó aquel inesperado gozo , i el esfuerzo que hizo para incorporarse le hicieron perder el sentido , i cayó otra vez desmayado. Suministráronle in-

mediatamente toda especie de socorros, i á cabo de rato volvió en sí; mas la revolucion súbita que habia sufrido toda su máquina, hizo que sus heridas tomasen un carácter algo alarmante. Sin embargo, luego que pasó el primer peligro, la esperanza de ser muy pronto feliz contribuyó de un modo visible á su alivio, i ántes de un mes estaba ya restablecido, aunque en un estado de suma debilidad.

↳ Luego que Fadrique volvió del desmayo que le causara el placer que sintió al saber la noticia de la vuelta de su amada, se retiró el Rei de casa de Ordoñez, i aquel mismo dia manifestó sus deseos á Enrique de Lara, que era demasiado político para oponer obstáculo alguno á la voluntad decidida del Monarca. Por otra parte no podia ménos de admirar el heroico valor de Fadrique, ni dejar de conmoverse al pensar en las palabras que le habia dicho la noche que le sorprendió en su casa, las cuales le daban á conocer claramente que su prin-

principal móvil había sido el deseo de hacerse digno de obtener la mano de Leonor. Veía también que Diego Ordoñez iba otra vez á tener asiento en el consejo , i juzgó que pues su Soberano olvidándolo todo , premiaba así por los méritos del hijo á quien había seguido un partido opuesto al suyo , debía él sofocar todo resentimiento , i abrir los brazos á su antiguo amigo. Manifestó , pues , al Rei que estaba pronto á obedecer sus órdenes , i que concedería á Fadrique la mano de Leonor , pues su Soberano lo quería así.

—Es que no me basta eso (le dijo D. Alonso). Deseo además que Lara i Ordoñez vuelvan á ser tan amigos como lo fueron ántes. Aunque tenía alguna idea de vuestra enemistad , nunca había conocido sus pormenores ni su encono hasta ahora , que á conocerlos hubiera tratado hace ya mucho de poner remedio á ellos , i reconciliar á dos ilustres familias que en otro tiempo se consideraron casi como una

sola. Exijo, por tanto que volváis vuestra amistad á Ordoñez, i que en mi presencia os deis el abrazo de reconciliacion que os haga olvidar todo lo pasado.

— Cuando V. A. se muestra tan generoso (contestó el discreto Lara), ningun esfuerzo puede costarme el ser de nuevo el mismo que en otro tiempo era con respecto á mi amigo. Si le separé de mi cariño, fué por la ofensa que á mi entender hizo á V. A. desconociendo sus derechos, pues á mí, jamas me faltó en nada personalmente. Así que, léjos de violentarme para obedecer vuestra órden, veo en ella un nuevo beneficio que tengo que agradeceros.

Inmediatamente mandó el Príncipe que fuesen á buscar á Diego Ordoñez, é hizo que en su mismo palacio se abrazasen, i que olvidando sus rencores se prometiesen reciprocamente para en adelante la misma amistad que se habian profesado en su juventud.

Como el efecto que produjo en Fadrique la repentina noticia de la vuelta de Leonor, les habia hecho conocer cuan temible era cualquiera agitacion en el estado en que se hallaba, tomaron todas las precauciones que les sugirió la prudencia para darle la de que Lara habia renovado la amistad con su familia, i consentia gustoso en concederle el nombre de hijo; mas á pesar de que se lo hicieron saber, digámoslo así, por grados, fué inmensa la alegría que se apoderó de su alma al cerciorarse de que Leonor iba á ser su esposa. Parecíale que eran eternos los dias de su curacion, aunque el gozo interior que sentia contribuyó no poco á acelerarla, i aun mas las visitas de Leonor, á quien permitió Lara que en su compañía fuese á ver repetidas veces á su futuro esposo.

La primera vez que la vió Fadrique despues de la batalla, corrió á ella, sin detenerle su propia debilidad, i estrechándola entre sus brazos, exclamó:

— ¡Al fin te vuelvo á ver, Leonor mia, i te veo con la seguridad de que en breve tiempo nos uniremos para no separarnos nunca! Ah! ¡Como paga un momento tan feliz todos los sinsabores que he sufrido, i muchos mas que pudiera sufrir!

— Si, Fadrique, (contestó la doncella trémula de gozo). Yo tambien olvido todo lo que he pasado, i solo quiero acordarme de la felicidad que nos espera. Veo justificada mi inocencia, i esa idea me hace vivir tranquila i dichosa, pues nada me afligia tanto en mi horrorosa soledad, como el pensar que tú pudieras acaso sospechar de mi fidelidad, ó creer que no hubiera tenido valor bastante para resistir á las seducciones, arterías, ó violencia de mi raptor.

— No, amada mia, jamas sospeché que pudieras faltar á la fé que me tenias prometida; pensaba si, que transportada á otros climas te habia perdido para siempre, i aborrecia una vida que no podia ya disfrutar á tu lado.

¿Qué tenía yo que esperar en el mundo habiéndote perdido? Arrojéme al sangriento combate sin que lo supiese mi padre, no para adquirir una gloria que entónces despreciaba, sino para hallar la muerte, ó merecer tu mano, si por acaso algun dia, contra mi esperanza, volviese á encontrarte; la muerte huyó de mí, que la buscaba, porque así lo dispuso la Providencia; i si en los primeros momentos murmuré de ella por que me dejaba una vida, que no podia ménos de detestar, conozco ahora cuan ciegos son los juicios de los hombres, i pido perdon al Altísimo, por haber interpretado tan mal sus bondades. ¡Dichosa sangre la que ha salido de mis venas, pues me ha proporcionado un bien que estimo mas que mi propia vida!

Tales eran las conversaciones que tenian los dos amantes, i pensando esclusivamente en su felicidad, olvidaban del todo los males pasados. La elevacion de Diego, el afecto que el Soberano les demostraba, i el aprecio

que hasta sus mismos envidiosos se veian precisados á manifestar á Fadrique en vista de las pruebas de valor que habia dado, todo contribuia á aumentar su dicha, i esta se completó cuando poco despues, apénas se halló restablecido Fadrique de sus heridas, dió su mano á Leonor, siendo el mismo D. Alonso el padrino de la boda, que se verificó con toda la magnificencia que correspondia á la ilustre clase de los contrayentes, i aun mas al rango supremo de su augusto padrino.

Diego Ordoñez i Enrique de Lara volvieron á profesarse cordialmente la mas tierna amistad; Leonor i Fadrique fueron tan dichosos como merecian, i D. Alonso, satisfecho de ver la felicidad que habia derramado en derredor de sí, no cesaba de dar gracias al cielo, por tantos beneficios como le habia concedido; en tanto que Nuño, que consiguió á fuerza de dádivas sobornar á sus carceleros, salió de su prision, i para evitar el castigo

que en Oviedo le aguardaba huyó al reino de Córdoba, donde acabó miserablemente sus días entre los sarracenos.

FIN.

que en Sevilla le aguardaba hasta el
puerto de Córdoba, donde se dio a
naufragio con diez entre los cuales
cuatro...

El día 15 de Mayo de 1764 salí
de Sevilla a las 10 de la mañana
con rumbo a Córdoba, y a las 12
de la mañana llegué a la ciudad de
Córdoba, donde me alojé en el
Hotel de la Cruz.

El día 16 de Mayo de 1764 salí
de Córdoba a las 10 de la mañana
con rumbo a Sevilla, y a las 12
de la mañana llegué a la ciudad de
Sevilla, donde me alojé en el
Hotel de la Cruz.

El día 17 de Mayo de 1764 salí
de Sevilla a las 10 de la mañana
con rumbo a Córdoba, y a las 12
de la mañana llegué a la ciudad de
Córdoba, donde me alojé en el
Hotel de la Cruz.

El día 18 de Mayo de 1764 salí
de Córdoba a las 10 de la mañana
con rumbo a Sevilla, y a las 12
de la mañana llegué a la ciudad de
Sevilla, donde me alojé en el
Hotel de la Cruz.

El día 19 de Mayo de 1764 salí
de Sevilla a las 10 de la mañana
con rumbo a Córdoba, y a las 12
de la mañana llegué a la ciudad de
Córdoba, donde me alojé en el
Hotel de la Cruz.

21/11/2007

180 E. YODDYS/12715

